



ISSN: 2452-5162

HAAL

Historia Agraria de América Latina

<https://doi.org/10.53077/haal.v5i02.237>

Diana Alejandra Méndez Rojas, *Modernización nacional, experticia transnacional. Itinerarios de los becarios en ciencias agrícolas de la Fundación Rockefeller en México, 1940-1980*. Ciudad de México: Instituto Mora; Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. 2024, 309 pp. ISBN: 978-607-8953-38-7.

La historiografía de la Revolución Verde ha experimentado una importante renovación en las últimas dos décadas. Impulsada por un creciente interés en el tema por parte de jóvenes historiadoras e historiadores, esta renovación ha llevado en América Latina a una crítica sostenida de los relatos escritos desde el Norte global, centrados en exceso en el papel de las fundaciones privadas estadounidenses (y otros agentes institucionales afines), así como en su atención sobre Asia. Los estudios de esta nueva generación han demostrado que la historia de la Revolución Verde aún contiene elementos propios de una “caja negra”. El supuesto automatismo de la Revolución Verde, propulsado por la fuerza de la ciencia y los factores económicos, ha sido cuestionado y cada vez resulta más pertinente comprender los procesos, y los vehículos en particular, que permiten entender la adopción de la tecnología entre nuestras agriculturas desde un punto de vista ya no solo agronómico, sino también social, político y cultural.

La presente obra de Diana Méndez es representativa de estas nuevas lecturas. El texto en general ayuda a comprender el cómo de la Revolución Verde, en específico, su agencia humana; los vehículos, los medios y las dinámicas a través de las cuales dicho proceso arraigó entre agricultores, agrónomos y políticos. Es una obra que articula el análisis de dicha agencia con el examen del papel del Estado, sus intereses geopolíticos, políticos y de clase, así como entendiendo estos intereses en la atmósfera del desarrollismo de la época. Al mismo tiempo, la relaciona con la actividad de los científicos estadounidenses en México entre las décadas de 1940 y 1960, acuerpados en la Oficina de Estudios Especiales (OEE), bajo financiamiento de la Fundación Rockefeller.

El libro está compuesto por seis capítulos, así como una introducción y unas conclusiones que sitúan el trabajo en un marco historiográfico y conceptual particularmente latinoamericano, aunque también global. En el primer capítulo, la autora estudia el juego de poder establecido en torno a la Revolución Verde entre el Estado mexicano y el gremio de agrónomos, mostrando las afinidades ideológicas y generacionales entre aquellos agrónomos creyentes en la ciencia y en el

crecimiento productivo, tanto como revelando las divergencias entre aquellos agrónomos asociados con la Liga de Agrónomos Socialistas. Al igual que otras obras escritas para China o Cuba, para citar dos casos, la autora observa que, bajo paraguas ideológicos dispares, la nueva tecnología varietal, química y mecánica era legitimada por ambos bandos como la ruta idónea para la transformación de la agricultura.

El segundo capítulo reconstruye la historia de la OEE utilizando la noción de “laboratorio de experticia”. La autora va más allá de la descripción de las labores y objetivos de dicha oficina, comprendiéndola como un “campo”, como un “espacio” más que como una simple institución u organización. En dicho espacio, por una parte, tenía lugar el juego de poder entre el Estado, los agrónomos y la propia Fundación Rockefeller. Y, por otra parte, ocurría en su interior el proceso de “formación” de los becarios provenientes de México y de diferentes partes del mundo. De este modo, la oficina era además una escuela, en el sentido más literal posible de la expresión. Allí se aprendía a ser experto, a apreciar las bondades de la especialización. Este era un proceso cargado de rituales, de prácticas y de conductas que marcaban la experiencia de los becarios. El abordaje que realiza la autora sobre la cotidianidad y la sociabilidad, si bien puntual, es una pertinente invitación a releer este tipo de coyunturas con un prisma ampliado, considerando el peso de los factores culturales e intrahistóricos.

El tercer capítulo es un “registro” de las experiencias de los becarios mexicanos de la Fundación Rockefeller. La sección describe con detalle algunas de estas experiencias haciendo una interpretación sociológica y de contexto. Estudia su distribución geográfica en el territorio mexicano, su origen social y disciplinario, así como su vinculación con los programas de posgrado en universidades de Estados Unidos de América. Y analiza, además, el proceso de asignación de becas por parte de la Fundación Rockefeller. A mi parecer, entre otras, hay dos contribuciones importantes de este capítulo. Primero, la observación sobre el proceso de masculinización dominante entre la ciencia agronómica en México, característico de este período; un fenómeno sobre el cual son todavía escasas las investigaciones en América Latina (Me permito al respecto agregar una nota al pie: el estudio de la Revolución Verde desde diversas perspectivas de género sigue siendo una deuda acumulada). Segundo, un aspecto en apariencia procedimental, como la asignación de becas, permite a la autora acercarse al conservadurismo y moralismo detrás de las políticas y acciones de entidades como la OEE y de la misma Fundación Rockefeller. Más que una “revolución intelectual”, los procesos de selección de becarios mostraron la importancia de la pertenencia a una red para obtener tal apoyo, así como la necesaria afinidad con una moral agronómica, política y social para mantenerse dentro del programa de beneficios estudiantiles y profesionales.

El capítulo cuarto se acerca a las experiencias de estudio de los becarios mexicanos en el extranjero, en especial en Estados Unidos. A través de un ángulo antropológico, la autora describe y analiza casos de estudio para explicar las formas y las cuestiones sustantivas que estaban detrás de la inserción de los científicos mexicanos en un mundo académico y social ajeno, caracterizado por el juego del poder científico y político, y, claro está, también por la

discriminación en todas sus variantes. Con la vestimenta de “inmigrantes intelectuales”, estos científicos y sus familias vivieron no solo un viaje físico, como con buen tino lo señala la autora, sino también cruzaron en forma transversal el espacio social existente entre su país, su pasado y su vida, y Estados Unidos.

¿Y qué pasó con estos becarios a su regreso a México? El capítulo quinto está dedicado a explicar este proceso mediante la historia del Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas (INIA). El capítulo interpreta dicha historia enmarcándola en la realidad política vigente en México en la década de 1960, así como en los esfuerzos del gobierno mexicano por nacionalizar la Revolución Verde. Esta sección documenta la complejización del proceso de la Revolución Verde en una escala nacional, mostrando la diversificación de los objetivos productivos y científicos de las instituciones, su regionalización, así como los debates y divergencias internas entre autoridades y científicos. Es una muestra de que el proceso de Revolución Verde (si es que acaso hay uno solo en México y en cualquier otra parte) no es homogéneo ni en el sentido espacial ni temporal, más bien es mutante en función del cambio social y político, con fases y discontinuidades a lo largo de los años.

El capítulo sexto analiza el desarrollo del denominado Plan Chapingo. Este plan tenía el ambicioso propósito de integrar la investigación, la enseñanza y la extensión agrícola, cerrando de alguna manera (en el pensar del Estado) el círculo de modernización agrícola iniciado en la década de 1940 con el programa de la Fundación Rockefeller. Sin embargo, su fracaso no sólo tuvo que ver con tan grandes metas y expectativas, sino además con el surgimiento de una serie de circunstancias políticas y sociales en México que tiraron abajo la ilusión detrás del plan. La pérdida de legitimidad del Estado, las movilizaciones estudiantiles y la crisis política en general evidenciaron que el discurso y la acción tecnocrática, aun su poder simbólico y su vinculación con Estados Unidos, se encontraron ante una realidad social que los trascendía y que les exigía un replanteamiento de sus objetivos, cuando no un cuestionamiento radical de estos y de su propia existencia.

Estos últimos capítulos de la obra cierran el círculo de la argumentación y de la narrativa de la autora. Detrás de la vida cotidiana de aquellos agrónomos, de sus esfuerzos para legitimarse como científicos, había un juego político y de poder que algunas veces favorecía su accionar y otras veces lo ponía en duda. Que algunas veces los configuraba como agentes transformadores del país, con las llaves para el Desarrollo en sus manos, y otras veces los señalaba como expertos privilegiados, cercanos a las elites tanto como profesionales alejados de los campos y de la pobreza del México de entonces. En suma, este libro es una historia de científicos siendo actores sociales y políticos, conviviendo inevitablemente entre plantas y personas para sobrellevar su propia vida y la de sus familias.

**Wilson Picado Umaña**

*Universidad Nacional, Costa Rica*

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3882-1843>

